



ALBERTO GHIRALDO

---

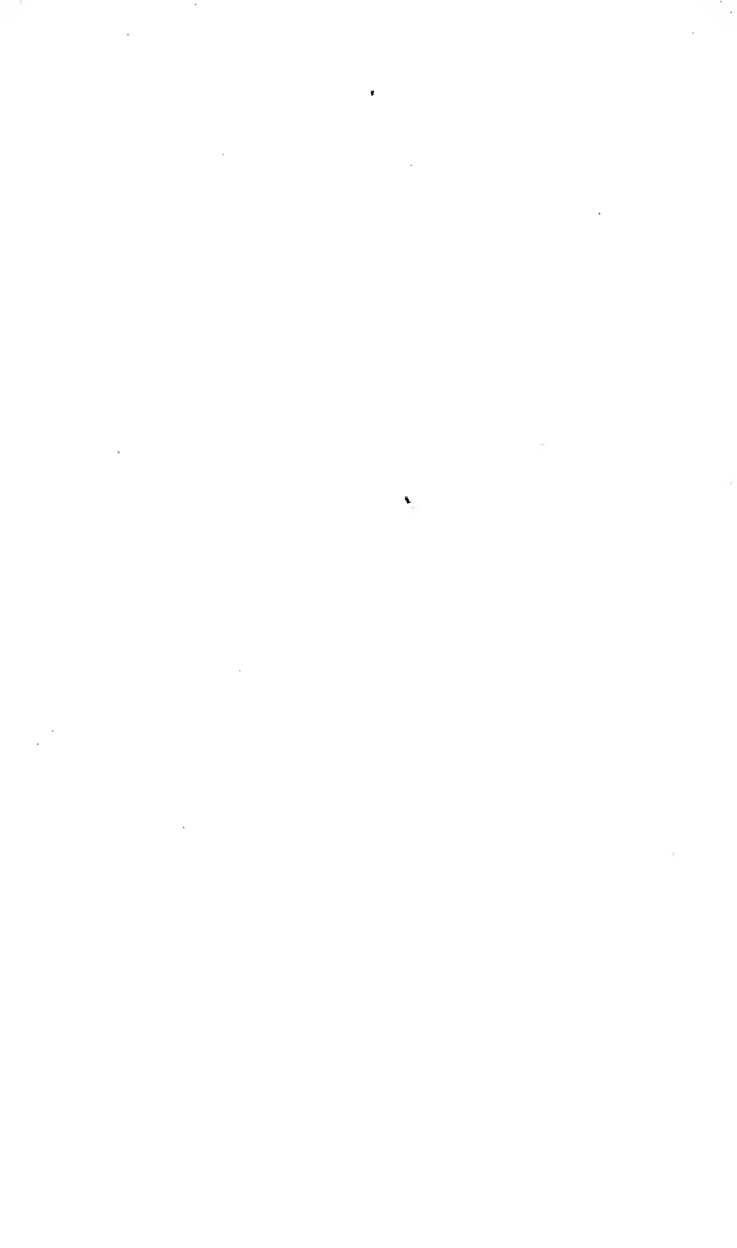
# ALAS

(TEATRO: 1 ACTO Y 3 CUADROS)

65813

---

BUENOS AIRES



869.3  
G 34a2

## **PERSONAJES**

OSCAR, 30 años

ANGÉLICA, 24 años

GERTRUDIS FIERRO..... Madre de Angélica

MAURICIO .....

PEPITO .....

JUANITA .....

} Hermanitos de Angélica

LOLA.....

MARIA LUISA .....

} Amigas de Angélica

CÁRLOS..... Amigo de Oscar

UN CAMARERO

UNA SEÑORA .....

UN CABALLERO.....

} Matrimonio de edad

UN CANTOR POPULAR

UN ACOMPAÑANTE

La acción en Buenos Aires. Época contemporánea.

Lat Amer. U.



## CUADRO I

---

Sitio de recreo en los alrededores de Buenos Aires. Telón de bosque al fondo. Enrejado con puerta, al centro. Mesas, sillas y estatuas adornando el jardín. Al levantarse el telón, Oscar se entretiene, á la izquierda, en dar libertad á un grupo de pájaros que va sacando de una jaula. Toma á cada animal, lo acaricia un momento en sus manos, y lo deja escapar siguiendo el vuelo con mirada ansiosa.

## ESCENA I

Oscar, luego un camarero.

OSCAR. *(Sentado).* ¡ Libre! . . . ; Libre como ellos!... *(Pone en libertad á otro pájaro.)* ¡ Qué este vivir nuestro, así, siempre con las alas corta-

das, no es vivir! (*Teniendo uno de los pájaros en la mano y contemplándole.*) ¡Oh! ¡qué deseo, qué ansia! ¡Cómo palpita la carne viva! ¡Qué temblor de alas! Cada pío-pío, es un grito de libertad, de vida, que lanza el pecho. ¡Vé á los aires, vé á la vida! (*Lo deja escapar.*) ¡Manos gloriosas, manos mías! (*Un camarero atraviesa la escena. Oscar le llama.*) ¿No hay más pájaros en la casa?

CAMARERO.

Vivos, no señor.

OSCAR.

(*Después de un intervalo, y como hablando consigo mismo. Tono enigmático.*) Carceleros y asesinos... ¡También héroes!

CAMARERO.

(*Interesándose por las palabras de Oscar.*) No entiendo bien, señor. ¿Qué es eso? (*Entran varias jóvenes: Angélica, Lola y María Luisa. Angélica viene adelante; entra cantando; trae el sombrero en la mano.*)

## ESCENA II

Los mismos — Angélica, Lola, Maria Luisa. — Después una pareja. Todos por la puerta del centro.

ANGÉLICA.      (*Cantando.*)

La alegría es la fuente,  
Fuente de vida:  
No envenenes sus aguas...

(*Al advertir á Oscar interrumpe el canto.*)

OSCAR.      (*Como hablando consigo mismo.*)  
Siento algo así como un batir de alas; todo esplende en mi torno. ¡Joven feliz, canta, canta! (*Siéntanse las jóvenes. Dirigiéndose al camarero.*) ¿Qué es eso, decías? ¡El mundo! (*Lola y María Luisa llaman impertinentemente. Angélica arregla su "toilette".*)

CAMARERO.      (*Aparte*) ¡Diablos de muchachas! (*En voz alta.*) ¡Vá enseguida! (*Se dirige á Oscar.*) ¿Deseaba algo el señor?



- OSCAR. Sí; tráeme cerveza. (*Deja que se aleje el camarero.*) ¡Ah, si entendieras bien, pájaro vivo! (*Se sienta aparentando distracción. Después se levanta, examinando el jardín. Váse al interior.*)
- CAMARERO. (*Dirigiéndose á las jóvenes.*)—¿Y ustedes, señoritas?
- LOLA. ¡Ah, por fin! A ver... (*Como consultando con las compañeras.*) Té, cerveza; y orchata para esta nerviosa. (*Se dirige á Angélica. Váse el camarero, por la izquierda.*)
- ANGÉLICA. ¡Bravo por el buen humor! Esta tarde de primavera ha de concluir por revivificarnos á todos. Vaya, me alegro. Pero conste que eres una malísima compañera. Por poco me haces herir en ese maldito alambre.
- LOLA. Lo cierto es que yo no quería asustarte. Pero tú...
- M.<sup>a</sup> LUISA. Claro está. Tú gritabas: ¡Ahí viene un hombre! ¿Y quién no se asusta de eso? (*Rien.*)
- LOLA. ¿Qué me dicen ustedes del soli-

tario? (*Mirando al interior.*) Es todo un buen mozo, y muy original, por cierto. (*Con intención.*) Qué candidato para vos, Angélica, que sos tan impresionista...

ANGÉLICA.

¡Por favor! ¡No hablemos de hombres! Dejémoslos tranquilos, por hoy siquiera. ¡Y olvidemos todo, todo! (*Con un dejo de tristeza.*)

LOLA.

Mirá la arrepentida. ¡Quién hubiera dicho! (*Sonríe.*)

ANGÉLICA.

¡Nó! es que tengo miedo de perder la alegría. ¿Qué piensa de esto la literata? (*Se dirige á María Luisa*)

M.<sup>a</sup> LUISA.

Que la vida es triste, y que el hombre la hace mala.

LOLA.

Eso que dice María Luisa es muy lindo y merece ponerse en verso.

M.<sup>a</sup> LUISA.

Si se ríen, no hablaré más.

LOLA.

Te lo digo en serio, querida. (*Entra una pareja. Ella trae un perrito atado á una cadencia. Se sientan.*)

ELLA.

(*Hablando con el perrito al cual tiene en las faldas*) ¡Ricura!...

¡Monono! (*Lo acaricia.*) Esta noche iremos al teatro. Lo llevaré; no se aflija. No nos separaremos un sólo momento. Y tendrá su asiento junto al mío. Y la gente lo admirará por su circunspección. Y las feas y estúpidas de mis amigas, rabiarán. (*Mientras, él la mira como observándola; á las veces parece indiferente, otras asombrado. Llega el camarero.*)

### ESCENA III

Los mismos. — Camarero. — Luego Doña Gertrudis, Mauricio, Pepito y Juanita, por la derecha.

ELLA. (*Dirigiéndose al perrito.*) ¿Qué quiere, ricura? ¿Masitas inglesas? ¿Biscochitos de vainilla ó pancitos de salud? ¿Pancitos, verdad? (*Se dirige al camarero.*) Eso es, pancitos de salud, y leche fría en

una taza grande. (*Al perrito.*) ¡Es necesario alimentarse bien caballero!... (*Angélica, Maria Luisa y Lola. miran y sonríen maliciosamente.*)

M.<sup>a</sup> LUISA. ¡Qué original!

LOLA. Es moda. No hay que alarmarse.

M.<sup>a</sup> LUISA. ¡Vaya un marido paciente!

LOLA. Ha de estar tragando bilis.

CAMARERO. (*Dirigiéndose al caballero.*) Y el señor: ¿qué pide?

CABALLERO. (*Con cierta intención.*) Agua mineral... y whisky!

CAMARERO. ¿Y para la señora?

ELLA. Lo mismo que para *Bebé*. (*Por el perro.*)

CAMARERO. Entendido. (*Sale.*)

CABALLERO. ¡Eres incorregible! (*Ella hace un mohín de desprecio, y permanece enfadada. El saca un cigarrillo, fuma y observa á su alrededor. Después, se entretiene escribiendo sobre la mesa con un lápiz, como si hiciera cálculos. Ella sigue muy entretenida con su perrito, al cual acaricia.*)

LOLA. ¿Y el enfermito, Angélica? Cómo ha seguido estos días?

ANGÉLICA. (*Con tono triste.*) Despacio, Lola. Mejora, pero muy lentamente. Ya lo has visto hoy, saltando como un cabrito; pero luego tendrá fiebre, como todas las noches. ¡Pobrecito, sufre bastante todavía! Según el médico, la ciudad lo mata, aunque, eso sí, nada le falta. ¡Sólo aire!

M.<sup>a</sup> LUISA. Gracias á tus sacrificios.

LOLA. La verdad es que tú sola...

ANGÉLICA. (*Interrumpiendo.*) Cambiemos de tema, amigas. De otra manera, volveremos á lo de siempre: ustedes, á negarme la razón; yo, á contradecirlas sin variar un ápice.

LOLA. Desearía hablarte de una cosa.

ANGÉLICA. Luego, Lola, luego; hay tiempo.

LOLA. Es que, precisamente...

ANGÉLICA. (*Interrumpiéndola.*) Tú has hablado anoche con Héctor.

LOLA. ¡Adivina!...

ANGÉLICA. Lo demás, lo se también. Bueno, no puede ser; no será. Punto y

aparte, pues. Te lo ruego. (*Entra el camarero con lo pedido. Detrás un grupo compuesto por doña Gertrudis, Mauricio, Juana y Pepito.*)

Ahí está mamá con los nenes.

LOLA. (*A doña Gertrudis.*) ¿Por qué se ha tardado tanto, viejita?

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Los chicos, hija. No se puede con ellos. (*Pausa.*) Apúrense, muchachas, que el tiempo no está muy bueno.

ANGÉLICA. Usted siempre alarmando á la gente. Siéntese; tome algo, y converse un rato con nosotras; así, descansará también. ¿Se han portado mal los muchachos? ¿La han incomodado mucho?

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Son unos demonios! Pero conmigo ya saben que tienen que andar derechos... (*Mientras los chicos juegan, chillan, rompen un vaso y huyen.*) ¡Ah, bandidos! (*Se levanta agitada, irritadísima, con la sombrilla en alto, en actitud de golpear. Camina un momento intranquila.*)

M.<sup>a</sup> LUISA. Señora... La infancia es así... La carne joven no puede permanecer inactiva. Tenga esto en cuenta, y discúlpelos.

D.<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*Amenazadora.*) ¡Ya me las pagarán! (*Se mueve colérica.*) ¡Usted no sabe, María Luisa, lo que es lidiar con estos pillos! Mejor sería...

ANGÉLICA. (*Interrumpiéndola, al ver á Oscar que vuelve, conversando con Mauricio. Oscar trae las manos llenas de flores*) ¡Pero mamá!...

## ESCENA IV.

Todos. — Oscar y Mauricio.

OSCAR. (*Hace un saludo natural y afectuoso, entrando con Mauricio por la puerta del jardín.*) Señora... Este caballerito, después de con-

tarme el grave incidente aquí ocurrido, me ha nombrado su intermediario ante usted. Vengo, pues, á pedirle la paz, y, en prenda de ello, la aceptación de esas flores. (*Le da á Mauricio un manojo de rosas, que éste, sonriendo picarescamente, le alcanza á doña Gertrudis.*) Por lo demás, me ha prometido, muy seriamente, dominar en adelante sus ímpetus infantiles.

LOLA. (*En voz baja á María Luisa.*) Si no me equivoco, éste es de los tuyos. ¡Vaya un tipo más simpático!

M.<sup>a</sup> LUISA. (*Rápido á Lola.*) ¡Cállate, imprudente!

D.<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*Dirigiéndose á Mauricio y mirando luego á Oscar.*) Puedes darle las gracias á este señor. Te perdono por esta vez. (*Oliendo las rosas.*) ¡Qué flores tan lindas! Si usted me permite... (*Reparte las rosas entre las muchachas. Oscar se sienta á su mesa y llama á Mau-*



*ricio con una seña. El niño se sienta junto á él. Oscar llama al camarero que en ese instante regresará de servir lo pedido por el grupo y la pareja.)*

CAMARERO. *(Acercándose á la mesa de Oscar.)*  
¿Deseaba algo más el señor? *(Depositando en la mesa el servicio.)*

OSCAR. *(Acariciando los rizos de Mauricio.)* Para este goloso, los dulces más dulces que haya en la casa.  
*(A Mauricio.)* ¿Te parece bien?

MAURICIO. ¡Yo tengo sed! *(Señalando con malicia la botella.)*

OSCAR. Beberás en mi vaso.

MAURICIO. Y usted ¿comerá dulces?...

OSCAR. Quizá... *(Vase el camarero. Oscar, Mauricio y los personajes del grupo, hablan en voz baja. El camarero vuelve con los dulces y vase rápidamente.)*

CABALLERO. *(Consultando su reloj, se dirige á la compañera.)* Advértote que á las cinco y media debo estar en el centro. Son las cuatro y tenemos que ponernos en viaje.

- ELLA. Espera á que *Bebé* termine. No ha comido lo suficiente. (*Al perro*) ¿Verdad, monono?
- CABALLERO. Me parece que *Bebé* marcha por un camino peligroso...
- ELLA. ¿Qué has dicho? ¡Asesino! ¿Te atreverías?
- CABALLERO. ¡Pero, si eres tú quien ha de matarlo! Morirá... de indigestión!
- ELLA. ¡Insolente!
- CABALLERO. Cariñosa... (*Se levanta, dejando dinero sobre la mesa. Ella pone el perrito en brazos de él, y acaricia á ambos.*)
- ELLA. (*Con mimo.*) Tú eres bueno á pesar de todo... (*Mirándolo picarescamente.*)
- CABALLERO. (*Con el perrito en brazos, y saliendo.*) ¡No tengo cura! Soy un caso perdido!... (*Váse la pareja. Salida lenta y cómica por la derecha.*)

## ESCENA V

Los mismos, menos la pareja. Cantor popular por la izquierda con el acordeon añate.

**CANTOR POPULAR.** (*Sentándose, templando su guitarra y disponiéndose á cantar después de haber saludado á Oscar como á un conocido. A media voz á Oscar.*) Ahí van sus versos don Oscar. Son los más lindos que se. ¡Viera como me los piden!... (*Oscar sonríe complacido. El cantor entona los versos.*)

Canto al pueblo: no al vencido;  
Al que maldice y espera,  
Forja armas con su amargura  
Y hace de la luz bandera.

Al que estremece las calles  
En estos días de oprobio  
Lanzando en ellas, altivo,  
Las grandes bombas de su odio.

Al que es dolor que no llora  
Porque es pena sublevada,  
Herida al aire que luce  
Con ímpetus de alborada.

No al mentido soberano  
—¡Rey de ridícula hechura  
Que adulan los que han de uncirlo  
Al carro de su locura!—

¡Sí al de la huelga, al soberbio  
Del acto heroico, al que lanza  
Al pié de una guillotina  
El rayo de una esperanza!

M.<sup>a</sup> LUISA. (*Al cantor.*) ¿Por qué no canta  
usted algo menos belicoso?

C. POPULAR. (*Acordando la guitarra.*) A com-  
placerla voy. (*Canta.*)

Las aguas del mar son verdes.  
Verdes como la esperanza.  
¡Y el mar se traga las naves  
Y siguen verdes sus aguas!

De tus ojos el abismo  
Es tumba de muchas almas.  
¡Y también tus ojos tienen  
El color de la esperanza!

(*Repite los dos últimos versos. A-*

*plausos y muestras de aprobación. Pepito y Juana atraviesan la escena disputándose la posesión de un caracol encontrado en el jardín.)*

## ESCENA VI

Todos.— Pepito y Juana.

PEPITO.

¡Yo lo ví primero!

JUANA.

¡No me importa! ¡Es mío porque yo lo agarré!

PEPITO.

Pero, yo tengo más fuerza. ¡Dámelo! *(Se lo quita, desaparece por la puerta del centro. Juana, le sigue lloriqueando.)*

## ESCENA VII

ANGÉLICA.

¡Qué niños estos!

OSCAR.

*(Desde su mesa, con marcada in-*

*tención.*) Lo mismo que los grandes, señorita. ¿No cree usted que los hombres proceden de igual manera?

ANGÉLICA. (*Con retintín.*) Parece que usted lo asegura...

M.<sup>a</sup> LUISA. En cuanto á ellas, yo respondo que nó. Son más generosas, porque son más espontáneas. (*Aparece Juana, ya consolada.*)

LOLA. ¿Y el caracol, Juanita?

JUANA. (*Casi con indiferencia.*) Es de Pepito, porque él me lo quitó.

OSCAR. ¿Ve usted, señorita? (*Se dirige á María Luisa.*) Son más generosas... á la fuerza. (*El acompañante, pide para el cantor. Este antes de irse vuelve á cantar.*)

C. POPULAR.

¡Qué espléndido panorama,  
pero qué áspero camino!  
Viendo estrellas, piso abrojos..  
¡Todo en el mundo es lo mismo!

(*Se pone en marcha. Saluda. Al salir, va repitiendo:*)

Viendo estrellas, piso abroj s...

¡Todo en el mundo es lo mismo!

(*Váse a lo lejos apagando la voz.*)

## ESCENA VIII

ANGÉLICA. ¡Vaya!... Con sus versos, ese hombre ha logrado entristecerme. (*Mira expresivamente á Oscar.*)

OSCAR. (*Como abstraído.*) ¡Se diría que por su boca sale el dolor de todos! (*Angélica y Oscar se miran, como hablándose con los ojos.*)

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Mauricio! ¡Niño! Busque á sus hermanos, y tráigalos, porque ya nos vamos. El tiempo está amenazante. (*Sale Mauricio. Aparece el camarero. Angélica, saca su cartera y paga.*)

ANGÉLICA. Cuando quiera usted, mamá. (*Se levantan, salúdanse con Oscar y salen. Al llegar á la puerta del jardín se encuentran con los niños. Angélica, que va con la ma-*

*dre se detiene* ) Vé á saludar á ese señor. *(Por Oscar á Mauricio. Angélica y Oscar se miran por última vez. Desaparecen todos menos Mauricio.*

MAURICIO. *(Llegando á la mesa de Oscar y tendiéndole la mano.)* ¡Adiós, amigo! ¿Cuándo irá á visitarme?...

OSCAR. ¿Te gustaría mi visita?

MAURICIO. *(Dándose importancia.)* Usted ya sabe mi casa... ¿Y la suya?

OSCAR. Yo vivo lejos, muy lejos.

MAURICIO. Entonces... ¿usted no es de aquí? ¿Pero, adónde vive?

OSCAR. ¿Conoces tú las montañas?

MAURICIO. ¿Las montañas?... ¿Y usted vive allí? ¡Qué lindo! ¡Yo quisiera verlas!

OSCAR. *(Acariciando á Mauricio dulcemente.)* ¿Irías tú conmigo?

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. *(Desde adentro.)* ¡Niño! ¡niño!

MAURICIO. *(Apresurado)* ¡Adiós, señor! Yo quiero verlo otra vez... ¿Cuándo?

OSCAR. *(Indicándole que debe irse.)* Pronto, muy pronto. Adiós. *(Le acaricia, Mauricio sale corriendo y*



*devorando los últimos dulces que quedaban en el plato. Al llegar á la puerta del jardín se da vuelta.)*

MAURICIO.

OSCAR.

*¡Adiós, amigo! (Con la boca llena.) (Saludando á Mauricio con la mano.) ¡Hermoso niño! (Pausa.) (Llama al camarero. Hace acción de pagarle, y mientras*

TELÓN LENTO

---

## CUADRO II

---

Dormitorio de Angélica, sin lujo, pero elegante. Puertas laterales en primero y segundo término de la izquierda del actor; y otras dos en primero y segundo término de la derecha. Cama, mesa redonda con tapete al centro, sillas, consola, floreros, cuadros, etc., etc. Al levantarse el telón aparece Angélica, convaleciente, sentada á su mesa de escritorio y escribiendo. Termina, guarda el papel escrito y recuéstase en la cama. Entra doña Gertrudis. Se acerca, le toca la frente como afectando cefalea, y se sienta luego á su lado.

### ESCENA I

Angélica y doña Gertrudis.

ANGÉLICA. *(Como repitiendo algo que desea saberse bien.)* Manuel Oscar...  
¿No es así? *(Se dirige á la ma-*

dre.) A los diez y siete días de nacido, fué dejado en la Casa de Expósitos, por Gertrudis Fierro, el 4 de Junio de 1903, á las 8 de la noche... ¡Qué noche más fría y más cruel! Hace apenas dos meses y me parece un siglo. Cómo pude yo... y usted, madre!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Angélica, tú no te das cuenta de la vida; no sabes...

ANGÉLICA. (*Incorporándose.*) (*Pausa indecisa.*) ¡No me haga hablar, madre!... porque lo único que no he sabido yo es tener la energía de matarme antes de consentir en eso. (*Gesto y pequeña pausa.*) ¡Ay! bien se que á ese inocente lo llevaron con mi consentimiento, pero acuértese que fué la enferma la que dijo sí, nunca la madre.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Según eso yo soy la culpable de todo lo que ha pasado aquí. ¿No es lo que quieres decir?

ANGÉLICA. No se; mejor sería no hablar. Yo no acuso á nadie.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Así son todas! Da gracias á que

estás todavía enferma, porque  
sino...

ANGÉLICA. (*Ya de pie, ademán de reproche.*)  
¡Era esto lo que faltaba! Su in-  
dignación y su piedad para con-  
migo... ¡Tiene gracia! Hasta...

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*Interrumpiendo.*) Si no te callas,  
me voy. (*Hace ademán de reti-  
rarse.*)

ANGÉLICA. Bueno. Sería mejor, madre.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*Volviendo sobre sus pasos.*) Pe-  
ro, en resumidas cuentas, vamos  
á ver; ¿quieres hacerme algún  
cargo? ¿Puedes, no tengas escri-  
pulos!

ANGÉLICA. Nó, prefiero callar.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Es que ahora quiero que hables!

ANGÉLICA. ¡Madre, madre, no me haga su-  
frir más!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Te has arrepentido, ¿verdad?

ANGÉLICA. (*Indignada.*) ¡Eso nó! Bien sabe  
usted que sólo me arrepiento de  
una cosa.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Otra vez! ¡Pero habla, habla!

ANGÉLICA. ¡Qué martirio!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Cuántos aspavientos para nada!

Mejor hubiera sido haberse cuidado, y así no tendrías que llorarlo vivo ni muerto.

ANGÉLICA.

No la entiendo á usted. Me dice que no conozco la vida y pretende que yo no haga con mis hijos lo que hi e con mis hermanos. ¿Y esa es la vida? ¿No he sido yo el alma de esta casa? ¿No he sido yo la madre de mis hermanos, hijos suyos? ¿Cómo quiere entonces que no sea ahora madre de los míos? ¡Y dice usted que esa es la vida! ¡Preferible sería no nacer! Usted miente, madre; la vida no es esa, porque la vida no puede ser egoísmo. ¡La vida es amplia y grande, muy grande, grande para todos! ¡Usted no sabe lo que es la vida! ¡Usted cree que la vida es su vida!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Estás loca y nada más. Te perdono.

ANGÉLICA. (*Con ironía.*) Gracias, madre!... Es mucha su bondad...

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Eres una ingrata y una...

ANGÉLICA. ¡Diga, diga! (*Irritándose.*) Vamos, estoy resuelta ya, Usted lo ha querido. ¡Bueno! Y que entre las dos no quede nada adentro. ¿Soy una qué?...

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*Furiosa.*) ¡Mala hija!

ANGÉLICA. (*Dominándose y como arrepentida de su actitud.*) Nó... Diga usted mala madre, y estará en lo cierto. (*Con melancolía.*) ¡Eso soy!... ¡Quizá!... (*Actitud de dolor.*)

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. (*La contempla.*) Desde que conociste al amigo ese — y hace de esto poco más de un año,—te has vuelto lo más ladina y reticente. Y en cada cosa que callas, parece que encerrar quisieras un mundo. ¡Pero, buen chasco te llevas! Al fin y al cabo, el tal Oscar ese, es sólo un farsante más. Y sino, ahí está el resultado. A ver ¿por qué no viene ahora el espléndido amigo? ¿Acaso no se yo que es él el padre de tu hijo? Y tú, ¿por qué no le escribes? ¡Ah! tienes miedo que no te conteste, ¿eh?...

ANGÉLICA. Bien me se que lo que usted quisiera es eso, que yo le escribiera. Pues nó, no lo haré aunque tengamos que padecer más. Y sepa esto, una vez por todas, madre.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Dí más bien que, aunque tú le escribieras, él no vendría. Y por eso...

ANGÉLICA. Usted sabe que no es así. Hace todo esto por provocarme, tratando de herir mi amor propio.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Entonces, le escribiré yo!

ANGÉLICA. Nó, no lo hará Vd. madre.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¿Y quién me lo impediría? ¡Vamos á ver!

ANGÉLICA. ¡Vd. no lo hará, porque no puede, porque no debe, porque, en fin, porque yo se lo pido! Y no lo hará, ¿verdad, madre?

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Pero qué empeño, hija! ¿Y no dices que tanto le quieres? ¿Entonces?

ANGÉLICA. Vd. no comprende, madre; ó no quiere. ¿Cree, por ventura, que Oscar ignora mi vida? ¿Podría yo llamarlo y decirle? . . . ¡Ah! Vd.

no se da cuenta de lo que quiero y sufro. Oscar volverá á mí, si vuelve, como antes, como un amigo más, únicamente... ¡Pero nó, mejor sería que no volviera nunca!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Eso es! ¡Y que tú te consumieras aquí, queriéndole y perdiendo la juventud; y que nosotros, todos, igualmente, tuviéramos que sufrir por él! ¿No es así?

ANGÉLICA. Por él, nó, madre. Usted siempre acusa á los demás ¿por qué? El no tiene la culpa de nada. En cuanto á mi juventud, la cuida usted demasiado. Crea que ella me ha pesado mucho. ¡Ha sido mi cruz!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Cuando digo que ya tú no eres la misma!

ANGÉLICA. Pienso un poco más. Eso es todo, madre.

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¡Quién me iba á decir á mí, que esta hija, tan razonable siempre y tan buena, había de convertirse en enemiga de la madre! Y todo por culpa de ese...



ANGÉLICA. (*Interrumpiéndole*) ¡Nó, no lo diga; madre!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¿Es decir que tú piensas pasarte así la vida, como una pobre novia abandonada? ¡Eso tendría que ver!... ¡A tus años y con tu experiencia!... ¡Fíjate en el porvenir!

ANGÉLICA. Me parece que el porvenir no traerá nada bueno para nosotros, madre. (*La mira con compasión*).

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Hija, no nos entendemos ya, no podemos entendernos. ¡Tú no eres la misma! ¡Olvida á ese hombre!

ANGÉLICA. ¡Madre, madre! Todo lo hice por usted. ¡Me cobra cara la vida! ¡Muy cara!

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. Escucha... (*En este momento entra María Luisa. Doña Gertrudis hace un gesto de desagrado y se calla. Displicente. Al Contestar el saludo, sale por la segunda puerta izquierda del espectador.*).

## ·ESCENA II

Angélica y María Luisa.

M<sup>a</sup> LUISA. Buenas tardes, doña Gertrudis.  
Buenas, Angélica

D<sup>a</sup> GERTRUDIS. ¿Cómo estás, muchacha? (*Sale, María Luisa la observa sorprendida. Después va hacia Angélica.*)

ANGÉLICA. ¡Cómo me place que hayas venido!  
¡Querida amiga, si supieras... tú sabes, cuánta tristeza llora en esta casa!

M. LUISA, (*Tomándole las manos.*) Angélica, amiga mía! Soy portadora de la más grata nueva.

ANGÉLICA. Dí.

M. LUISA, Oscar está en Buenos Aires.

ANGÉLICA. (*Soltándose de las manos de María Luisa. Con tristeza.*) ¡Y yo no sabré dónde meterme para que él no me vea! ¡Cómo explicarle lo hecho!

M. LUISA. Me ha dicho que quiere verse con-

tigo inmediatamente. Vendrá aquí en cuanto le avise.

ANGÉLICA.

Nó; aquí nó.

M. LUISA.

En casa, entonces.

ANGÉLICA.

Es preferible. Pero espera. Hablemos antes. Tú, ¿qué le has dicho? *(Pausa.)*

M. LUISA.

El lo sabe todo...

M. LUISA.

Todo, nó. ¡No lo sabrá nunca! *(Tono misterioso. Camina como sonámbula. Toma un retrato de la mesa de luz.)* Pobrecito muerto, tú fuiste su pequeño amigo. Si vieras, esta mujer sería más fuerte. *(Alarmada. La toma en sus brazos.)* No te aflijas así. *(Le toma el retrato. Angélica se sienta.)*

ANGÉLICA.

¿Cómo supo él la muerte de Mauricio?

M. LUISA.

Como todo lo demás, por mí. Lloró como un niño.

ANGÉLICA.

Yo ni lloro ya. ¡Me dan ímpetus de hacerme pedazos!

M. LUISA.

¡Angélica!...

ANGÉLICA.

Es que tú no sabes qué alma es la suya, la que yo pierdo. Déja-

me que te cuente. Cuando él llegaba á esta casa, tan silenciosa hoy, tan negra, todo era vida, alegría. Diríase que con él entraba la bondad del mundo. Ese niño muerto, su pobre amiguito á quien la ciudad asesinó, y á quien él quería llevarse, renacía al verle, como una flor á quien hincha un soplo de aire tibia; era el sol de nuestra existencia. Y hoy...

M. LUISA. Hoy él será el mismo de ayer para tí, Angélica.

ANGÉLICA. (*Impetuosa y tomando á María Luisa del brazo.*) Pero dime ¿consideras tú que lo hecho puede explicarse?

M. LUISA. El lo comprenderá.

ANGÉLICA. (*Con abatimiento.*) ¡Quisiera creerlo! (*Pausa.*)

M. LUISA. Vamos ¿A qué hora te espero en casa?

ANGÉLICA. En cuanto esté lista.

M. LUISA. ¿Quieres que te aguarde?

ANGÉLICA. Con mucho gusto. Haremos así

el camino juntas. Mi *toilette* será breve. (*Se dirige al ropero. Saca un abrigo de media estación y un sombrero. María Luisa, mientras, toma de la mesa un libro y lee. Entra Juanita, con una cuerda de saltar en la mano.*)

### ESCENA III

Angélica—María Luisa—Juanita

JUANITA. (*Entrando por la puerta por donde ha salido Doña Gertrudis.*) Tú eres mala con mamá, Angélica. ¿Porqué la haces enojar?

ANGÉLICA. Nena querida, tú no sabes lo que dices.

JUANITA. También mamá habla lo mismo de tí. (*Se fija en el vestido de Angélica*) ¿Y ahora vas á salir? ¿adónde? ¿Quieres llevarme? ¡ah! ¿sabes lo que dice mamá? Que pronto tendré también que trabajar, porque ya voy siendo grandecita.

ANGÉLICA.

(*Contemplándola.*) ¡Y tienes ocho años! Así empecé yo, trabajando como una bestezuela de carga. Y era un poquitito mayor. Después, cuando trabajé menos, sufrí más, es cierto, pero, eso sí, comimos todos mejor. ¡Noble y hermosa vida! (*Toma à Juanita en sus brazos, la cubre de besos y llora.*) ¡Nena mía, trabajarás, sí, mucho, mucho, y á los veinticinco años (*con gran ironía*) cuando ya estés muy ajada, muy vieja,—que el trabajo es fecundo y bello según dicen,—cuando hayas dado toda tu sangre en pró de algún honrado comercio... alguna sociedad benéfica y pía, te dará un premio por tu virtud!... ¡Oh, dolor, hermanita mía, sangre mía, vida mía, por quien dí yo todo lo bueno de mi sér, espérame, que si en mis manos está, no harás de ser más pasto de buitres, como lo he sido yo, como lo fué mi madre también, como lo so-

mos hoy todos los pobres! (*Exaltadísima. María Luisa deja el libro y se para alarmada. Juanita queda turbada.*)

M. LUISA. Angélica, te excitas demasiado, puede hacerte mal.

ANGÉLICA. (*Haciendo un movimiento que indica resolución y terminando de arreglarse el sombrero.*) ¡Estoy lista, vamos! (*Le da otro beso rápido á Juanita y sale con María Luisa. Juanita queda pensativa en medio de la habitación con su cuerda de saltar en la mano. Mira irse á la hermana y á su amiga. Pausa.*)

JUANITA. No se qué tengo. Estoy triste... triste... muy triste... ¡no juego más!... (*Tira la cuerda, se lleva las manitos á sus ojos en actitud de llorar y sale silenciosamente.*)

TELÓN LENTO

## CUADRO III

---

Sala-comedor en casa de María Luisa, amueblada con mediano lujo. Puertas laterales, una en primer término de la izquierda del espectador, y dos en primero y segundo término de la derecha. Circunor visible al fondo, con puerta practicable. Al levantarse el telón Oscar y Carlos aparecen sentados.

### ESCENA I

Oscar, Carlos, Un criado.

OSCAR.

Como te decía, llegué ayer á Buenos Aires. Apresuré mi viaje por circunstancias excepcionales. Tú sabes que sólo salgo de mi rincón de campo, una vez al año.



Y eso, hasta hoy, por costumbre, por hábito, tal vez por verlos á ustedes, por charlar y cambiar ideas con mis viejos conocidos, con mis caros camaradas de juventud, pero no porque la ciudad me seduzca. Francamente, prefiero mis valles hermosos y fecundos, mis fuertes sierras cordobesas donde, entre paréntesis, hay cosas malas también ¿porqué negarlo? pero donde, en cambio, hay más color y más aire, más **libertad** y más luz, más higiene en fin; vale decir, más vida en armonía con las leyes naturales.

CARLOS. Veo que te has convertido en un **sociólogo** práctico, pero no estoy contigo, Oscar, no me entusiasmo con tu discurso. No me convences.

OSCAR. Ni lo pretendo, querido. Como siempre, exteriorizo lo que siento y pienso, nada más, sin segunda intención. Por otra parte, soy lógico conmigo mismo. ¿Recuerdas

tú, Carlos, aquellos tiempos en que yo, más joven y vibrante que hoy, viviendo en la ciudad protestaba tan gallardamente contra ella y sus usos, sus fealdades, sus fiebres y sus egoísmos? Hice teorías, muchas teorías, que nadie creyó. Tú tampoco, naturalmente. (*Pequeña pausa.*) Pues bien, un día, en cuanto me fué posible, salí huyendo del centro urbano, rumbo al campo abierto. Debo declararte que he pasado y paso algunos pésimos instantes, pero te aseguro, bajo mi palabra de hombre, que allí se está mejor, se vive más.

CARLOS.

Lo que es convicción y argumentos no te faltan. (*Con intención.*) He creído y creo que hay en tí pasta de apóstol y profeta...

OSCAR.

Puedes reír, no he de tacharte. Mi apostolado es uno: cumplir la vida. Cumpla la mía y no me meto en la tuya. Haz lo que quieras. Tal vez harás bien. En cuan-

to á mis profecías, eso sí, no podrás burlarte de ellas, porque no las he formulado nunca.

CARLOS.

Pues yo sí. Y me atrevo á profetizar que no está lejos el momento en que, abandonando el aire, la luz, etc., etc., todas esas cosas tan lindas de sus sierras, el amigo Oscar se quede para «in eterno» en sitios muy lejanos de los que él apologiza y donde, según dices indistintos, ha encontrado nuevos colores y nuevas luces. (*Mira con intención á Oscar.*)

OSCAR.

Conozco muchos profetas que han acertado como tú. (*Pausa.*) En fin... (*Se para y camina por la sala preocupado é intranquilo.*) quizá nada es bueno ni es malo: ¡Todo es vida!

CARLOS.

(*o mira con atención.*) La verdad es que tú no me tratas como á un antiguo compañero. Pretendes, charlando largo, ocultar lo que te agita y no me explico el porqué. Tú esperas aquí á alguien...

- OSCAR. (*Con naturalidad.*) Sí, á la dueña de casa.
- CARLOS. ¿Sola? (*Se presenta un criado por la puerta del corredor.*)
- CRiado. (*Dirigiéndose á Carlos.*) Está ese caballero que vino anoche. Pregunta por usted, ó por la señora.
- CARLOS. Dile que no está la señora. (*A Oscar.*) Así se irá en seguida. (*Váse el criado. Entran María Luisa y Angélica, por la puerta de la izquierda. Oscar se adelanta y saluda á Angélica. Saludo silencioso pero lleno de afecto. Carlos saluda á Angélica y habla con ella. Oscar con María Luisa.*)

## ESCENA II

Oscar, Carlos, Angélica y María Luisa.

- CARLOS. (*A María Luisa.*) ¿Y el caballero ese? ¿Lo habrás encontrado en la escalera?

- M. LUISA. Le dije que tú no estabas...
- CARLOS. ¿Y?... (*Mira con intención hacia adentro.*)
- M. LUISA. ¿Y?... ¡Gracioso! (*Enfadado.*) Ahí va siguiendo tus huellas...
- CARLOS. (*Toma el sombrero y el bastón.*) Querido Oscar, me voy y resentido. Te ha faltado franqueza para conmigo.
- OSCAR. Nó, lo que ha faltado es tiempo.
- CARLOS. ¿Quieres que comamos juntos?
- OSCAR. No puedo asegurarte nada. Pero yo te buscaré. Y en todo caso, he de avisarte.
- CARLOS. Hasta luego, entonces. (*Saluda y váse — puerta izquierda. María Luisa le acompaña.*)
- M. LUISA. (*A Oscar y á Angélica.*) Los dejosolos. (*Salen. Pausa. Angélica, nerviosa, los mira alejarse.*)
- ANGÉLICA. (*Encarándose de pronto con Oscar.*) ¡Qué deseos y qué temor de verte he tenido!
- OSCAR. ¿Temor? ¿Por qué, Angélica? (*La toma cariñosamente.*)
- ANGÉLICA. Temor de no encontrar en elti

mismo Oscar que yo he conocido y con quien tanto he soñado. (*Tono triste. Mira á Oscar y hace un movimiento que implica reacción en sus ideas. Sonríe.*) Tú me ~~sa-~~bes jovial y alegre. No me hagas caso, pues. (*Acento extraño.*)

OSCAR. (*Mirándola intensamente.*) Creo leer en el fondo de tu sér como en un libro. (*Pausa.*)

ANGÉLICA. (*Tono triste.*) Antes de entrar aquí pensaba en mil cosas que quería y debía decirte. ¡Y ahora no se me ocurre nada, no pienso en nada, no sé nada! Te veo y... (*Reaccionando.*) ¡Otra vez vuelta á la misma! (*Sonríe extrañamente. Se para, hace ademán de abrazar á Oscar, se detiene, camina hacia el mueble cercano, oculta la cara y llora en silencio*)

OSCAR. (*Mirándola.*) El dolor es así. (*Se levanta y va hacia Angélica. La toma en sus brazos. Angélica descansa en ellos.*)

ANGÉLICA. He llorado de nuevo. Me siento

mejor. (*Caminan y se sientan. Pausa.*) Hemos vivido tan bellamente, Oscar; tanta alegría ha habido en torno nuestro, que nunca se nos ha ocurrido hablar del pasado. Y el mío no ha sido alegre, en verdad; por eso he tratado de huír siempre de él.

OSCAR. Háblame, Angélica, como si lo hicieras con un hermano de dichas y dolores. Ante todo: ¿por qué no has acudido á mí en tus malos días últimos?

ANGÉLICA. ¿Para qué, Oscar? Bien sabía yo que escribiéndote tendría un pan más en mi casa. Sí, seguramente. Pero eso era tratarte á tí como á un protector más. En resumen, sábelo todo: ¡ese pan no era para mí suficiente!

OSCAR. (*Después de mirarla y como quien recién se apercibe de algo.*) ¡Pobre, miserable filosofía esta! (*Con ironía sutil.*) Yo, el conocedor del corazón humano, yo, el sociólogo á quien se admira por la

profundidad de sus doctrinas, yo el clarovidente... (*Pausa. Angélica lo contempla con sobresalto.*)

¿Quieres saber una cosa, Angélica? No soy digno de tu afecto.

ANGÉLICA.

Ni yo me explico, ni tú sabes lo que dices, porque no puedo creer que estemos locos los dos. Yo he venido aquí para hablarte claro, muy claro, y todo el pensamiento se me va en medias frases. (*Pausa.*) ¡Oscar, yo tengo un hijo! ¡Y este hijo está en la calle, yo no le he dado mis senos, no lo he abrigado en mis brazos! ¡Soy una perra sin entrañas! ¡Maldita sea! (*Con desesperación.*)

OSCAR.

Ahora sí que estás loca, Angélica. Y lo peor es que acabarás por desesperarme á mí también. Yo soy más culpable que tú.

ANGÉLICA.

(*Movimiento de asombro.*) ¿Pero qué dices, Oscar? Yo he venido creyendo que lo hecho no podría explicarlo, y tú...

OSCAR.

¡Recién vuelvo á creer en mi filo-



sofía! ¿Aceptarás entonces, no ya mi protección, sino mi amistad, mi cariño? Y lo que no se hizo ayer se hará hoy ¿verdad?

ANGÉLICA.

(*Con aire de decepción.*) ¡Todo es inútil! El suplicio es largo y lo peor del caso es que no llegará nunca á su fin. Oscar, digámonos adiós. Seré yo un sér más que no realiza su vida.

OSCAR.

¿Qué? (*Impetu dramático.*)

ANGÉLICA.

Repito lo que aprendí y comprendí de tu filosofía.

OSCAR.

¿Y acaso yo no puedo salvarte? En nombre de mi cariño, háblame como le hablarías á tu madre.

ANGÉLICA.

¡Esto es horrible, horrible! (*Cae desfalleciente.*)

OSCAR.

Vuelvo á dudar de mi filosofía. Se me queman los libros. Me he engañado ó tú ocultas un dolor superior á mis cálculos.

ANGÉLICA.

(*Con firmeza.*) Te debo la verdad, Oscar.

OSCAR.

Es deuda que cobro siempre.

ANGÉLICA.

¿A qué detallarte el pasado? Sabe

sólo que yo á los nueve años trabajaba; que encerrada en el taller, esa cárcel de la infancia pobre, entregué mis años tiernos á la máquina fría; que á los quince, pretendí ensayar las alas, pero en mitad del vuelo, me las cortaron. Y fuí más esclava entonces, esclava del hombre. ¡Fuí esclava dos veces! Sabe también, que mi madre no es mala. Que ella aceptó la nueva situación, porque así tenía que ser, mucho más cuando ésta traía al hogar un alivio, una tranquilidad mayor. Y así ha pasado tiempo. Créeme, Oscar, he vivido sin otro objetivo, durante años, que el agradecimiento de los míos. Después, en un día hermoso, te conocí á tí, y mi vida empezó recién á cumplirse, como tú dices. ¡Y hoy, hoy siento, Oscar, que mi vida vuelve á romperse, que no podrá cumplirse nunca!... (*Pausa.*)

OSCAR.

No has terminado aún. Sigue.

ANGÉLICA. ¿Debo decirlo? Sí. ¡A trueque de romper otras vidas! Ahora, díme, si esa es una ley, Oscar, es porque hay leyes muy crueles.

OSCAR. Que hay que cumplir, fatalmente. *(Pausa.)*

ANGÉLICA. ¡Es esto tan triste, que á mi pesar marchó á saltos! Quisiera terminar de un golpe para decirte que ayer fué mi hijo el obstáculo para la vida en mi casa, y que hoy lo eres tú. ¿Qué más? Ahora, entiéndelo bien, Oscar: ¡yo estoy resuelta á vivir!

OSCAR. *(Momento de silencio y reflexión.)* Angélica, tu vida y la mía tienen su norte marcado... Mi filosofía nos salva. Marcharemos juntos.

ANGÉLICA. ¿Y mi hijo, Oscar?

OSCAR. Tú lo has dicho. Es vida tuya. Y en adelante, nuestra.

ANGÉLICA. *(Mirándolo con amor y como esperando aquello para hacer su confesión.)* Siempre lo fué, Oscar. ¡Por fin puedo decirlo!

OSCAR. Voy de asombro en asombro. ¡Be-

lla y grande alma! (*La toma en brazos.*)

ANGÉLICA.

¿No me reconoces? Obra tuya soy. Te debo mi libertad, como esos pájaros á quienes abriste un día las puertas de sus jaulas. (*Aparece María Luisa.*)

## ESCENA ÚLTIMA

Oscar, Angélica, María Luisa.

M. LUISA.

(*Desde la puerta, contemplándolos abrazados.*) ¿Debo dejarlos solos aun? ¿No soy inoportuna?

ANGÉLICA.

(*Desprendiéndose de los brazos de Oscar.*) Jamás. Tú, buena amiga, tienes también que hacer en nuestra obra, ¡que es la obra de todos!

M. LUISA.

¡Cuenta conmigo, Angélica!

ANGÉLICA.

Pues bien, escucha mi revelación. (*La atrae con misterio.*) El mundo está lleno de jaulas cerradas.

Abramos todas sus puertas; mejor dicho: ¡rompamos esas jaulas! ¡libertemos la vida! (*Pausa.*) Y ahora pensemos, Oscar, que la vida nueva nos llama.

OSCAR. Vamos á ella, Angélica ¡dulce y fuerte amor mío!... (*La besa.*)

CANTOR POPULAR. (*Voz lejana, que se supone en la calle.*)

Con el tallo de tu amor  
Haré un injerto en mis flores:  
Completarán mi jardín  
Tu perfume y tus colores.

TELÓN MUY LENTO.

*ALAS*

CANTOR POPULAR



# MÚSICA DE MAURICIO SCHILLING

Andante

Contad que lle nos ven ci do, Al que malda ce y as.

Canto

enríques

Guitarra

pe-ra, Forjamos con su amor-gu-ra Y hace de la luz tanta su

rit.

ten

Al que es-be-me-ce las ca-lles En es-tos di-as deo-pro-his



*San-pan-de-on e-las, al-te-ro, Las grandes bombas de su o-dio.*

*Al que de-la que no lle-ra Por que se per-na su lle-ra-da,*  
*fin mosso*

*Mo-ri-dad a-re que lu-ca Con ímpetus de al-to-ra-da,*  
*rit... ten*

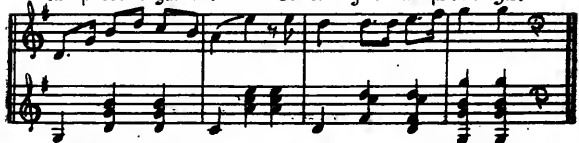
*No al-mo-ti-do so-le-ra-no, Roy de ri-dicu-la he-chu-ra*

*Que adu-lon los que han un ce-lo Al carro de su lo-cu-ra!*  
*rit... ten*

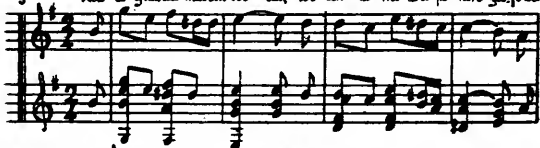
Sí de la huda, al so-ber-bio Del acto he-roícal que len-za



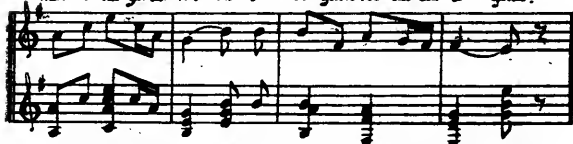
Al fue de u-na guí-llo-ti-na El ra-yo de una o-pe-ran-za.



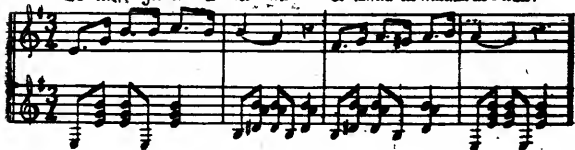
*Adagio* Las a-guas del mar son ver-des, Ver-des co-mo los pe-ran-za, ¡el



mar se tie-ga las na-ves y si-guen ver-des sus a-guas!



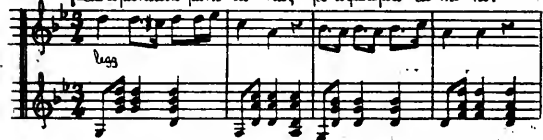
De sus o-jos el a-bis-mo Es tumba de muchas al-mas.



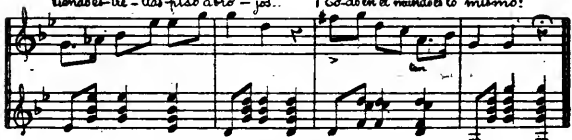
¡Y también tus ojos tie-nen El co-lor de la espe-ran-za!



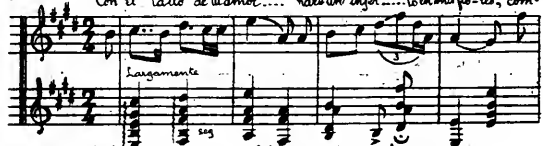
*Andante* ¡Qué espléndido pano-ra-ma, pe-ro qué a-pe-ro ca-me-no!



Viendes tie-las fiso a bro - jos... ¡To-do en el mun-do es lo mismo!



*Lento* Con el tallo de tu amor.... ha-z un in-ger... to en mu-llo-res; com-



ple-tarán mi jardín tu per-fu-me y tus co... lo-res.

